

The book cover features a stylized illustration of a forest. The trees have tall, thin, yellowish-brown trunks and rounded, light green canopies. The ground is a textured green. In the foreground, a hand in a red sleeve holds a grey bow, with an arrow pointing upwards. The background is a solid dark red color.

CLAUDIO WEISSFELD

Las aventuras de Robin Hood

Una versión de la
leyenda medieval



Estrada



Azulejos



Claudio Weissfeld

Las aventuras de Robin Hood

Una versión de la
leyenda medieval

ILUSTRACIONES
DE VIRGINIA PIÑÓN



Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani
Editora de la colección: Pilar Muñoz Lascano
Correctora: María Luz Rodríguez
Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum
Diagramación: Alberto G. Scotti para Estudio Cerúleo
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Weissfeld, Claudio Alejandro

Las aventuras de Robin Hood: una versión de la leyenda medieval /
Claudio Alejandro Weissfeld; ilustrado por Virginia Piñon. - 2a ed. 3a
reimpr. - Boulogne : Estrada, 2015.

112 p.: il.; 19 x 14 cm - (Azulejos. Naranja; 25)

ISBN 978-950-01-1505-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Piñón, Virginia, ilus. II. Título
CDD 863.928 2

Las aventuras de Robin Hood

Una versión de la
leyenda medieval



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

25

© Editorial Estrada S. A., 2013.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

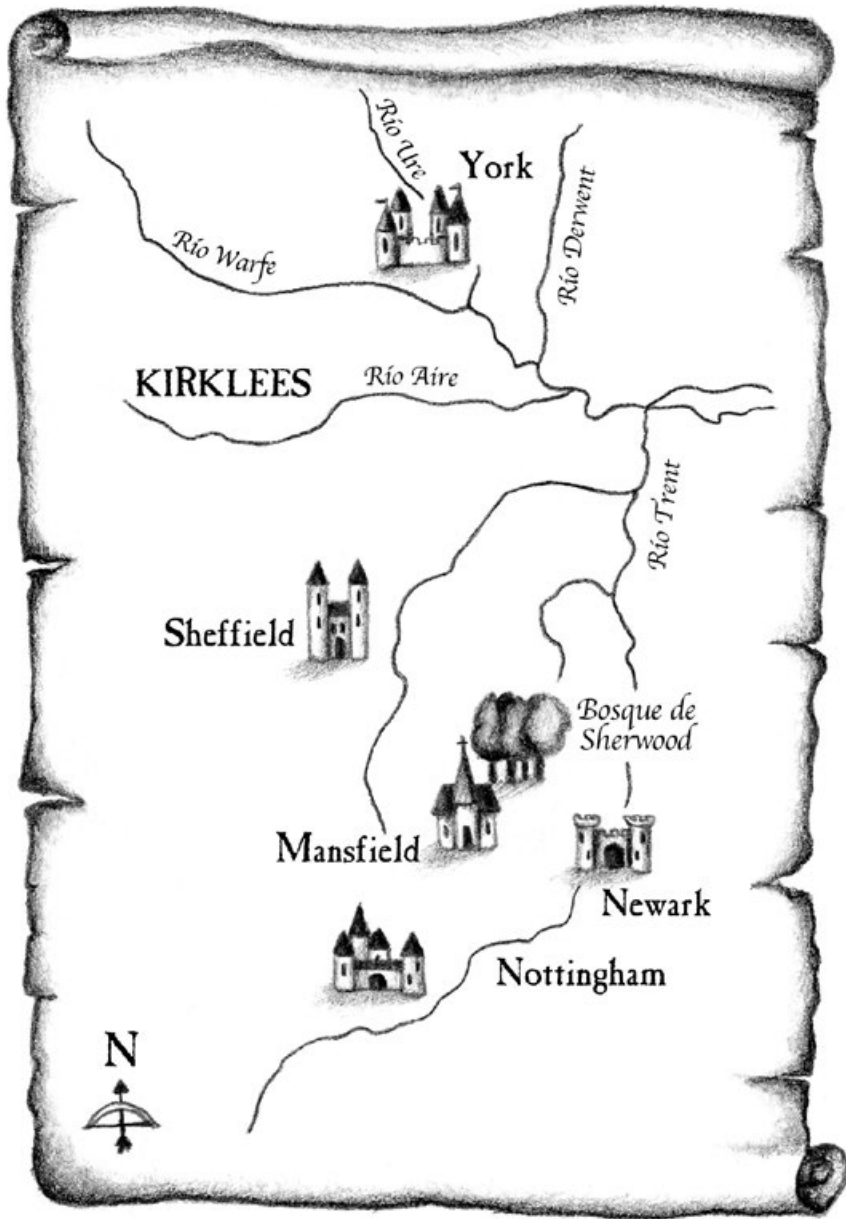
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1505-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

1. El primer enfrentamiento



Muerto de hambre y de frío, Sibald de Dolt se deslizaba, junto a su pequeño hijo Waltheof, entre los árboles del bosque de Sherwood. Al igual que la mayoría de los sajones de aquella época, Sibald había sido tomado como esclavo de los normandos y vivía en la más absoluta miseria. Apenas había podido sobrevivir a un invierno feroz, que aún mostraba restos de nieve en el suelo y en las copas de los árboles.

Hacía ya algunos años, los normandos habían conquistado las principales ciudades inglesas y se habían apropiado de todo: la tierra, las casas y la gente. Los sajones, que hasta ese momento habían vivido felices y tranquilos, pasaron al peor de los sometimientos. Ni siquiera podían salir de caza para alimentarse, porque los animales silvestres también eran propiedad de los normandos.

Sibald no aguantaba más. Vio pasar un hermoso ciervo, tomó su arco y le disparó un flechazo que dio justo en el blanco. Descalzo como estaba, sacó el cuchillo que llevaba

siempre consigo, corrió hasta donde había caído la presa y empezó a comer la carne cruda.

—¡Baja ese cuchillo! —ordenó una voz que venía de entre los árboles.

“Estoy listo”, pensó Sibald. “Seguro que es mi amo, que me enviará directamente a la horca”.

Enorme fue su sorpresa cuando descubrió que quien se acercaba no era ni más ni menos que su amigo, Robin de Locksley.

—Sibald, lo que estás haciendo está prohibido. Te mandarán matar en cuanto te descubran.

—A esta altura, eso poco me importa, Robin. Prefiero morir en la horca y no de hambre. No tengo nada que perder. Hace unos meses caí enfermo y mi amo, Guy de Gisborne, me dijo que un esclavo enfermo no sirve para el trabajo, así que me echó de mi propia casa y se la quedó para él.

—Entiendo que Gisborne es probablemente el hombre más cruel de toda Inglaterra —respondió Robin, con tranquilidad—. Pero, de todas formas, no quiero que seas castigado.

—Suficiente castigo fue tener que ver cómo asesinaban a mi mujer y a mi hija. Ahora solo me queda el pequeño Waltheof... y ni siquiera puedo darle de comer. ¿Te das cuenta de que no tenemos justicia bajo el dominio de estos malditos normandos?

Robin se quedó pensativo durante un instante y luego dijo:

—Trae ya mismo a tu hijo. Los llevaré a ambos a mi casa.

—¡Pero eso será un gran riesgo para ti! Acabo de matar un ciervo del rey —respondió Sibald, casi llorando.

—No importa. Tal vez me acusen a mí. Da lo mismo. Ahora, apúrate y sígueme, antes de que llegue alguno de los hombres de Gisborne.

Y, sin perder tiempo, Sibald tomó de la mano a su hambriento hijo y caminó tras los pasos de Robin.

Desde que había muerto su padre, Robin vivía con un grupo de compañeros sajones. La casa se encontraba en un terreno ubicado en Locksley. Hacía ya muchos años que el abuelo de Robin había recibido ese terreno en préstamo y Guy de Gisborne, el intendente de Santa María, usaba este pretexto para intentar confiscarlo y sumarlo a las demás tierras que administraba. Sin embargo, hasta el momento, no había podido quebrar la resistencia de Robin, que se negaba a perder la propiedad familiar.

Comieron una excelente cena, como la que Sibald y su hijo no habían probado en años. El niño ya dormía plácidamente junto al fuego del hogar y su padre le acariciaba la cabeza. Mientras tanto, Robin se había sentado junto a la ventana y se ilusionaba pensando que el invierno ya estaba llegando a su fin y eso les permitiría iniciar la cosecha de la cebada.